

todavía y sus grandes líneas se conservan casi intactas. Los caracteres de la construcción son completamente los del arte que se ha mantenido francés: tejados agudos, altas chimeneas, ventanas con cruceros; y aun en el cuerpo meridional la capilla del castillo forma cuerpo saliente y las ventanas son de arco cortado. Pero en las paredes exterior é interior de la fachada principal se ven inscripciones en lengua latina y en caracteres romanos, acompañadas de arabescos á la italiana.

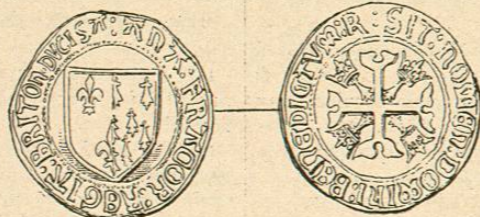
Jorge de Amboise había recibido de la Señoría de Venecia, para que sirviera de adorno al patio grande, una fuente monumental que fué instalada por un genovés, Bertrand de Meynal; otra fuente estaba situada en los jardines (1). En otros sitios del castillo se habían colocado pilastras formando arabescos, ó medallones de personajes antiguos; en cambio, en las partes de la construcción que fueron más adelante transportadas al patio de entrada de la Escuela de Bellas Artes, de París, el arquitecto ó los arquitectos habían dibujado arcos de bóveda de varios centros y follajes góticos, con muy pocos arabescos. Para las labores de escultura el cardenal había empleado á los Juste, Paganino y Pacherot, los tres italianos; pero también encargó á Miguel Colombe un San Jorge para la capilla (2). Los grandes trabajos de pintura decorativa fueron reservados exclusivamente á Solario.

De todo esto resulta que Gaillón no es una obra absolutamente italiana ni mucho menos, á pesar de que el cardenal había residido varias veces en Lombardía, en medio de las maravillas de Pavia y de Milán. Aquel castillo es algo así como la inspiración mixta de la Cartuja de Pavia y de los castillos de Amboise y de Blois y determina, por consiguiente, el punto en que se detenía el gusto francés en sus concesiones al extranjero.

En resumen, los italianos no han representado en Francia un papel preponderante en los comienzos del Renacimiento francés, y en sus obras se inspiraron muy poco nuestros literatos, quienes no imitaron á Boiardo, ni á Pulci, ni á Poliziano. Lo que principalmente recibieron de Italia, aunque también de Alemania, fué el conocimiento de la antigüedad, y la antigüedad es lo que procuraron imitar en sus escritos. Por otra parte, á Francia vinieron artistas ultramontanos que trabajaron á la moda de su país, y á veces también á la francesa; pero la mayor parte de las obras en Francia ejecutadas entre 1495 y 1519 lo fueron por franceses, que conservaron las tradiciones de su arquitectura, de su escultura

(2) En la actualidad se encuentra en las salas de escultura del Museo del Louvre.

(1) Véase lo que hemos dicho en la pág. 155, y Vitry, *Michel Colombe*, págs. 145, 197, 209 y 378.



Moneda de Ana de Bretaña, acuñada en Rennes

y de su pintura, bien que mezclando de cuando en cuando en ellas algunas imitaciones de los modelos italianos ó antiguos.

Examinando las cosas en conjunto, no cabe negar que á fines del siglo XVI el pensamiento francés fué pobre ó limitado, en comparación con el pensamiento italiano y alemán; esto no obstante, Commynes fué un escritor notable, Gringoire no merece un desdén absoluto y Le Maire de Belges, que es casi un francés, fué en algunos puntos un precursor. Y si el arte italiano tiene sobre nuestro arte nacional la superioridad indiscutible de una potencia de producción, de una variedad y de una altura de inspiración admirables, la *Magdalena de Solesmes*, la *tumba de Francisco II* y el *Palacio de Justicia de Ruán*, no por ello son obras de menos belleza, que además tienen el mérito de no parecerse á las obras extranjeras. Singular mezcolanza y casi singular contraste: la literatura produce más bien la impresión de algo anticuado, pobre; al paso que el arte se nos aparece vibrante de juventud y encantador por su frescura.

No es menos cierto que aquel contacto de treinta años con Italia y con la antigüedad había introducido ya algunos cambios en la civilización francesa y que las inteligencias concebían una porción de ideas nuevas; pero por lo mismo que eran para ellas muy nuevas, en un principio les embarazaban. El esfuerzo de los escritores para expresarlas y su poca habilidad para conseguir este objeto aumentaron la torpeza de su estilo, despojándolo de la naturalidad, que era su cualidad principal. Por otra parte, estas ideas se propagaron con lentitud, por vía de difusión casi latente, ya que no estaban constituidas en cuerpo de doctrinas ni condenadas en una enseñanza ni vulgarizadas por libros.

Gracias á esto, es insensible el paso de la época que precede á la expedición de Carlos VIII á los años que la siguen, debiendo descartarse toda idea de separación marcada. Además, los contemporáneos de Carlos VIII y de Luis XII no se analizaron á sí mismos, no se preguntaron adónde tendían, sino que se dejaron arrastrar por la alegría de los espectáculos que les sucedían y por el placer de mezclarlos en su existencia. No fueron en modo alguno exclusivos, sino que todos ellos fueron como el joven Carlos VIII, de quien ha dicho Commynes que «reunía todas las cosas bellas que en él se celebraban dondequiera que las viesen, lo mismo en Francia que en Italia, que en Flandes.»

Tan poderosa era todavía la tradición francesa, que se necesitarán treinta años después de la muerte de Luis XII para que la pedagogía italo-antigua triunfe sin reservas y acometa la empresa de aniquilar, hasta en sus últimos restos, el espíritu francés de la Edad media.

LIBRO TERCERO (1)

EL GOBIERNO DE FRANCISCO I

El verdadero reinado de Francisco I, el en que ha puesto algo de sí mismo, empieza con la elección de Carlos V como emperador, es decir, en 1519. Entre 1520 y 1547 plantearonse ó se concretaron los grandes problemas de la época, los de la política internacional, del régimen gubernamental, del Renacimiento y de la Reforma, y durante aquellos veinticinco años, tan fecundos en acontecimientos graves en el exterior, realiza nuestro país una evolución política, social, económica, intelectual y moral que determina un cambio parcial de sus destinos.

Desde 1519 hasta 1530 nos encontramos con la lucha abierta contra Carlos V, con los ruidosos fracasos, de los cuales guardan recuerdo todas las memorias, con las vacilaciones respecto de la Reforma y con el Rena-

(1) FUENTES PARA EL LIBRO III.—Los documentos oficiales relativos á la historia del reinado y sobre todo del gobierno de Francisco I están indicados en el *Catalogue des actes de François I*. Esta vasta publicación acometida por la «Académie de Sciences morales et politiques» forma actualmente siete volúmenes (1887-1896) y en ella hay indicados 29.268 documentos (tratados de alianza ó de paz, ordenanzas, letras patentes, fragmentos de cuentas, etc.) con indicación de su procedencia. Los tomos VIII, IX y X contendrán un índice general, la bibliografía de las grandes compilaciones utilizadas y listas de personajes. Desde luego á él nos remitimos, pues no existe ningún instrumento tan precioso para la historia de un reinado ó de una época.—Véase también Isambert, *Recueil général des anciennes lois françaises*, tomo XII, 1.^a y 2.^a partes (1514-1516); pero en esta obra no todos los textos han sido bien seleccionados, y casi siempre están mal reproducidos.

Entre los cronistas pueden citarse para la historia interior el *Journal d'un bourgeois de Paris sous le règne de François I*, 1515-1536, editado por L. Lalanne para la «Société de l'Histoire de France», 1854. Muy importante.—*Chronique du roy François, premier de ce nom*, editada por G. Guiffrey, 1860.—*Oeuvres complètes de Pierre de Bourdeilles, seigneur de Brantôme*, publicadas por L. Lalanne para la «Société de l'Histoire de France», 11 volúmenes, 1864 á 1882. El tomo XI contiene el índice general. Sin embargo, Brantôme, que con demasiada frecuencia se cita como fuente para la primera mitad del siglo, no debe ser consultado sin reserva en lo tocante á este período, pues casi siempre se limita á reproducir fragmentos de crónicas ó relatos ajenos. Nacido hacia el año 1540, nada vió ni conoció directamente de la época de Francisco I.—Para la historia interior pueden consultarse también las *Relations des ambassadeurs vénitiens sur les affaires de France*, coleccionadas y traducidas por M. Tomaseo, tomo I, (1528-1561), 1831. Es preferible la edición de Alberi, *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato*, tomo I, 1839.

OBROS.—No hay una buena historia del conjunto del reinado. Gaillard, *Histoire de François I*, 2.^a edición, 1769, 8 volúmenes, no es del todo desdeñable. Michelet, tomo IX de la *Histoire de France*, es siempre profundo y luminoso, aunque discutible. La obra de Paulino Paris, *Études sur François I roy de France, sur sa vie et sur son règne*, 2 volúmenes, 1885, es muy curiosa y debe ser leída, pero con la condición de comprobarla continuamente.

cimiento abandonado á sí mismo; durante aquel período, Luisa de Saboya con su hijo preside el gobierno. De 1530 á 1547 continuó la lucha contra Carlos V, pero con tentativas de aproximación entre ambos príncipes; en el interior se fortalecen los resortes del gobierno, la Reforma y la libertad de pensamiento son combatidas de un modo más deliberado y el Renacimiento se ve dotado de su instrumento pedagógico con la institución bosquejada del Colegio de Francia: Montmorency es durante diez años el hombre de aquel régimen y de aquella política.

Después de esto, el reinado de Enrique II fué la consagración de la obra anterior. Así como Francisco I y otros muchos personajes de su generación habían obedecido principalmente á sus instintos, ú obrado con vacilaciones y, por ende, con miramientos, Enrique II y sus contemporáneos aparecen como hombres de cuerpo entero, como inteligencias que rinden culto á principios. De aquí una política más razonada contra la casa de Austria; pero de aquí también el absolutismo del gobierno desarrollado á todo trance, la Reforma erigida en dogma por los hugonotes, aunque asimismo desmesuradamente atacada por el gobierno, y el Renacimiento con los ojos enteramente puestos en la antigüedad.

Trazar el cuadro de los doce años del reinado de Enrique II, equivaldrá á extraer del de Francisco I todo el sentido que entrañaba y á hacer constar los resultados de la evolución realizada desde principios del siglo; será presentar la Francia del siglo XVI tal como la concibieron las inteligencias de aquel tiempo y tal como había sido preparada por todos los acontecimientos de la primera mitad del siglo.

CAPÍTULO PRIMERO (2)

EL REY Y PERSONAS QUE LE RODEABAN

I. Francisco I. — II. La familia y los amigos del rey

I.—Francisco I

Cuando, á los pocos días de morir Luis XII, hizo Francisco I su entrada solemne en París, el embajador de Margarita de Austria, al describir las suntuosidades del cortejo, añadía: «Después, el rey, armado sobre su caballo lorigado, vestido de blanco y de tisú de

(2) FUENTES.—*Journal de Louise de Savoie* (en Michaud y Poujoulat), 1.^a serie, tomo V, 1836. Mejor en Guichenón, *Histoire généalogique de la maison de Savoie*, edición de 1778-1780, tomo IV,

plata; y no permanecía debajo del palio, sino que se agitaba encima de su caballo que estaba siempre en el aire, haciéndolo lucir; y había allí multitud de buenos caballos y de buenos jinetes que hacían maravillas al pasar por delante de las damas.» Aquel príncipe que hacía caracolear á su caballo, y aquellos nobles y aquellas damas que se agrupaban en torno suyo, son el rey y el reinado, tales como se han perpetuado en la imaginación popular.

Hablando de Francisco I, los cronistas, los embajadores y todos los contemporáneos repiten á porfía que es un «príncipe tan hermoso como el que más pueda serlo en el mundo.» El embajador Gattinara escribía á Margarita de Austria: «Os aseguro, señora, que el rey es un príncipe tan guapo como el que hoy más lo sea, y no mucho menos que el difunto señor de Saboya (el duque Filiberto, llamado *el Hermoso*, de quien era viuda Margarita), cuya alma tenga Dios.»

Los artistas que han representado á Francisco I han sido, sin quererlo, menos aduladores; esto no obstante, ciertos «retratos al lápiz» (1) y dos cuadros del Louvre nos lo muestran bastante seductor en su juventud. En ambos cuadros lleva un jubón de seda blanca bordado con perlas y adornado con joyas, que armoniza perfectamente con la gracia juvenil de su persona: la fisonomía es dulce, las facciones delicadas, el bigote apenas naciente, la barba virgen; pero la nariz es ya un poco demasiado arqueada y los ojos están encogidos. El rey envejeció muy pronto: las fatigas, el abuso de los placeres, las preocupaciones determinaron prematuramente en él un deterioro que se advierte en otro retrato del Louvre (2): en éste lleva Francisco I un jubón encarnado, ricamente adornado; el rostro es de un tono rojo como el jubón, y casi de color de ladrillo; está más pesado, la nariz es más gruesa, la pata de gallo se acentúa hacia las sienes y los ojos se contraen desagradablemente y se apagan. Estos rasgos aparecen más pronunciados en las caricaturas (3), porque este monarca fué muy caricaturizado, hecho nuevo y significativo.

Pero hasta su muerte fué de buen ver y de porte verdaderamente regio. Era alto, esbelto de cuerpo, de aire desenvuelto y elegante, con alguna afectación mezclada con una innegable majestad. Así lo vemos retratado en ciertas miniaturas, unas veces revestido con la túnica de flores de lis, otras á caballo vistiendo el suntuoso traje de torneo. Un embajador veneciano comentó admirablemente estos retratos, cuando escribía en 1546: «El rey tiene ahora cincuenta y seis años; su aspecto es

pruebas. *Poésies de François I, de Louise de Savoie*, etc., coleccionadas y publicadas por Champollion-Figeac, 1847, muy sospechoso. *Lettres de Marguerite d'Angoulême*, editadas por Genin para la «Société de l'Histoire de France», 1841; *Nouvelles lettres* (id.), 1842. *Lettres inédites de Diane de Poitiers*, publicadas por G. Guiffrey, 1866. Rouard, *François I chez madame de Boissy*, 1863. Niel, *Portraits des personnages français les plus illustres du XVI^e siècle*, 2 volúmenes, 1848-1856.

OBRAS — De Maulde, *Louise de Savoie et François I*, 1895. Corlieu, *La mort des rois de France depuis François I*, estudio médico é histórico, 1892.

(1) Respecto de la moda de los retratos al lápiz (*crayons*) véase más adelante.

(2) No hay que hacer caso de un retrato del rey por Tiziano (Louvre) que fué pintado á capricho teniendo por modelo una medalla.

(3) Véase en el Gabinete de las Estampas, Qb, 17 y 18.

completamente regio, de modo que aun sin haber visto jamás su rostro ni su retrato, sólo con mirarle diría cualquiera en seguida: es el rey. Todos sus movimientos son tan nobles y tan majestuosos que ningún príncipe podría igualarle... Gústale algo la afectación en el traje, que está cubierto de galones y guarniciones y con profusión de pedrerías y de adornos preciosos; hasta sus jubones están bien trabajados y tejidos en oro.»

Francisco I era un carácter caballeresco y tenía del caballero el valor desarrollado por una educación vigorosa. Los juegos de su infancia fueron rudos: agradable luchar con los jóvenes nobles que le servían de compañeros y que más adelante fueron sus cortesanos y sus ministros. «Mi dicho señor de Angulema y el arriesgado joven (Fleuranges) hacían pequeños castillos y se asaltaban el uno al otro, de tal manera que á menudo se sacudían de lo lindo.» Un día, Francisco I en una cacería luchó solo contra un jabalí, y esta hazaña proporcionó más tarde á la crónica, á la poesía y á la pintura un tema inagotable en el que se mezclan, para ilustrarlo, Hércules, el jabalí de Calydón y todo el aparato mitológico. Primatice ha representado esta hazaña en Fontainebleau (4).

Francisco I era aficionado á los torneos, á los ensayos de valor, y en la guerra no vió al principio otra cosa que un juego brillante realizado por el peligro. Fué grande en Marignán como vencedor, y grande también en Pavía como vencido; pero después de esta última jornada limitóse á dejarse ver, de lejos, en algunos campos de batalla.

Del antiguo espíritu caballeresco conservó también el sentimiento del honor, pero de un honor puramente mundano, de ese honor que más que una virtud es un convencionalismo.

Aquella alma muy maleable no era mala, sin embargo: podía el rey, por debilidad ó por indiferencia, dejar, como lo hizo (5), que se ejecutaran actos crueles; pero las crueldades le repugnaban, y si en varios casos trató de salvar á muchas personas, entre ellas á Berquín y á Dolet, su persistencia cedió siempre ante la de los enemigos de aquéllas. De cuando en cuando tuvo accesos de humanidad á lo Enrique IV y la buena suerte de acompañarlos con frases también á lo Enrique IV; así, cuando al final de su reinado se rebelaron los rocheleses, perdonóles con gran facilidad y les dirigió un bonito discurso paternal: «Estoy muy pesaroso por lo que os ha ocurrido; de todos modos, os lo he perdonado gustoso y pienso haber ganado vuestros corazones y os aseguro, á fe de hidalgo, que tenéis el mío.»

Pero no tenía la bondad activa ni el afecto duradero; más que amistades tuvo hábitos; mostróse ingrato con su hermana y fué egoísta con una ingenuidad inconsciente.

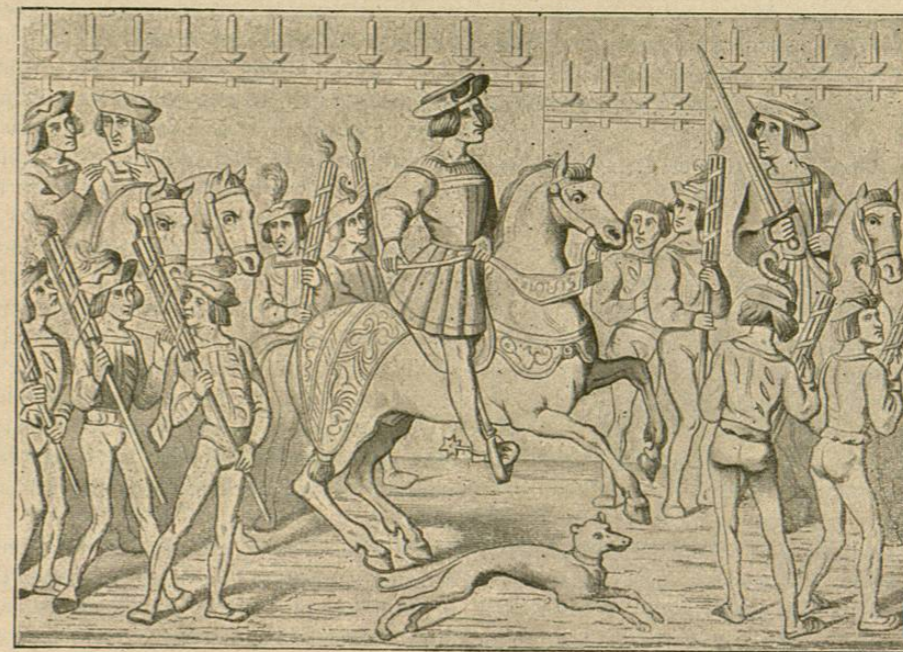
Michelet ha escrito la siguiente frase á menudo citada: «Francisco I nació entre dos mujeres prosternadas que siempre permanecieron en este éxtasis de culto y de devoción.» Guizot ha calificado al rey de «brillante niño mimado,» y nada más justo que este calificativo.

(4) En la galería de Enrique II. Este episodio está relatado en *Combat de François I contre un sanglier*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo II, 1840.

(5) Ejecuciones de los reformados; matanzas de Merindol y Cabrières, etc.

Había, sin embargo, una diferencia en el amor de aquellas dos mujeres: su madre se amaba á sí misma en él; tuvo una adoración ciega por aquel hijo que había de satisfacer sus pasiones ambiciosas y al cual dominaba por completo; en cambio, Margarita, que tenía dos años más que su hermano, desempeñó á la perfección el papel de hermana mayor y se dió en absoluto; pero su influencia era mala porque sólo sabía prosternarse. «No creáis, Monseñor, le escribía, que al precio de ésta (felicidad) que me causa el veros puedan en mí nada marido ni hijos.» Y en otra ocasión: «Si os pluguiera

retratan fielmente, con toda la brillantez y la insuficiencia de su ingenio: las hay deliciosas por su viveza, como por ejemplo las que dirige á su madre al paso de los Alpes ó después de Marignán (1); las hay también delicadas. La de Pavía ha sido considerada durante mucho tiempo como condensación de la elocuencia y del heroísmo de un rey; de todos modos, será siempre una hermosa carta de soldado, y la famosa frase sobre «la vida que se ha salvado» al mismo tiempo que «el honor» tiene cuando menos la naturalidad, en vez de la trivialidad de las frases históricas afectadas. En cambio,



Entrada de Francisco I en París por el arrabal de San Dionisio, reproducción de un grabado antiguo

hacerme enfermera de vuestro campo, consideraría esta labor como gran gloria... y (quisiera) renunciar á la sangre real para ser camarera de vuestra lavandera.» Ya se comprenderá el efecto que estos conceptos repetidos hasta la saciedad habían de producir en aquel hombre, tan fácil en complacerse en la satisfacción de sí mismo.

Francisco I tenía precisamente esas cualidades que hacen que uno se engañe á sí mismo y engañe á los demás: su conversación era brillante y le gustaba hablar como le gustaba escribir. Los cronistas y hasta los embajadores insisten sobre este mérito: «No hubo hombre que al salir (de una audiencia regia) no juzgase haber oído un discurso que sobrepujaba en pureza de doctrina, en propiedad de lenguaje y en perfección de toda elocuencia á todos los que nuestra memoria recuerda haber sido pronunciados por ningún otro.» Hablaba con todo el mundo y de todo, de política, de literatura, de ciencias. Comer con el rey era un encanto. Pero también en esto ha estado acertado el juicio de Michelet: «Esta facilidad, esta facultad francesa que el ignorante tiene de saber de todo hacían creer (muy á la ligera) que íbamos á tener un gran rey;» y habla de «esa figura real que parecía comprenderlo todo y hablaba maravillosamente.»

Aquel conversador ameno fué un epistolar y casi se le ha hecho una reputación como poeta. Sus cartas le

otras muchas adolecen de afectación y aun de falta de sentido. En cuanto á las poesías, la primera dificultad con que se tropieza es la siguiente: ¿son tuyas todas las que se le atribuyen? (2) Hay en ellas, como en sus cartas, cosas lindísimas:

«¿Adónde habéis ido, mis bellos amoríos?
¿Cambiaréis todos los días de lugar?
¿A quién contaré mi tormento,
Mi tormento y mi pena?
Nada á mi voz responde.
Los árboles son sordos y mudos.
¿Adónde habéis ido, mis bellos amoríos (3)?»

(1) Véase lo dicho anteriormente, pág. 129.

(2) La colección de Champollion-Figeac, *Poésies du roi François I*, es muy sospechosa. Algunas composiciones en ella contenidas se encuentran en otros poetas. Por ejemplo, la siguiente:

«Por necesidad, por fuerza he de amar á tres;
Una es demasiado mía para no amarla,
Y la otra me ha cautivado de tal modo
Que cuanto más huyo de ella tanto más me encadena.
La tercera tiene su corazón unido y junto
Y hasta atado tan de cerca al mío,
Que no puedo ni quiero no ser suyo;»

debe ser de Saint-Gelais, según una observación del mismo Champollion.

(3) La tradición atribuye también al rey la música de esta canción. ¿Qué fundamento tiene todo esto?

Pero en cambio, ¡cuántas composiciones interminables, prosaicas y sobre todo incomprensibles, cuya paternidad es positivamente de Francisco I, como las que escribía después de Pavía ó durante su cautiverio en Madrid! No debe, sin embargo, deducirse de esto que habiendo hecho versos malos no haya podido hacerlos buenos, ya que en los mejores poetas de la época, en el mismo Marot, encontramos desigualdades análogas que verdaderamente nos desconciertan.

Su poesía se inspira especialmente en las mujeres que ocupan un lugar oficial brillante no sólo en su existencia privada sino que también en su vida monárquica, cosa que no se había visto de una manera tan descarada en la corte de Francia más que en los tiempos de Carlos VII con Inés Sorel. Aquella intrusión de las queridas oficiales débese sin duda á las costumbres italianas, pero en mucha parte también al carácter del rey, el cual encontró en su galantería algo de su gloria, lo que demuestra de cuánta puerilidad adolecen los juicios de la posteridad.

Lo ocurrido con Madama de Chateaubriant y Madama de Etampes es una verdadera novela psicológica: celos, riñas, reconciliaciones, cambio de cartas, de versos y de retratos. El rey mostrósese brutal en su rompimiento con Madama de Chateaubriant, como corresponde á los egoístas y á los caracteres débiles:

En cuanto al tiempo que contigo he pasado
Puedo decir *Requiescat in pace.*

Madama de Etampes le tuvo más rendido; bien es verdad que el monarca era entonces más viejo.

En cuanto á los amores pasajeros con la esposa del abogado Dixhommes, episodio que refiere una novela del *Heptamerón*, ó con la bella Ferronnière, sólo los mencionamos á título de recuerdo. Las caricaturas, sobre todo las de fines del reinado, insisten mucho acerca de la vida licenciosa del rey (1) y de sus consecuencias finales: abcesos, fiebres primero intermitentes y después continuas, frecuentes vértigos, trastornos generales, alucinaciones.

La vida de Francisco I fué un perpetuo movimiento: ni Luis XI, ni Carlos VIII, ni Luis XII habían tenido, propiamente hablando, una residencia fija de gobierno; pero siquiera de cuando en cuando permanecían en algún sitio; en cambio, á Francisco I no se le encuentra en parte alguna: «Mi legación ha durado cuarenta meses, escribe un embajador veneciano; y Dios ha querido que se pasara toda entera en peregrinaciones.» En efecto, aquel diplomático había tenido que seguir al rey desde Blois á Marsella, pasando por el Berry, el Bourbonnais, el Lyonnais, la Auvernia y el Langüedoc; y desde Marsella regresaron por la Provenza, el Delfinado, la Borgoña y la Champaña, tocaron en la Lorena y por fin llegaron á París, en donde no se detuvieron, sino que marcharon á Normandía y Picardía (2).

(1) En 1543, un cortesano escribe á Montmorency: «Estad seguro de que nuestro soberano es tal como siempre me habéis dicho: cuanto más viejo, más se enreda con las mujeres y ya ha perdido toda vergüenza de ello.»

(2) Desde enero de 1530 á octubre de 1531 según el *Catalogue des actes*, la corte estuvo en Compiègne, Amiéns, Dieppe, Ruán, Argentan, Caén, Cherburgo, Rennes, Nantes, Angers, Tours, Chambord y Fontainebleau, regresando al fin á París,

A menudo también escápase el rey impetuosamente del itinerario oficial, yéndose á cazar á veinticinco ó treinta leguas de distancia, durante doce ó quince días pues siempre y en todas partes es un cazador apasionado; y en estas escapatorias llévase consigo á los señores de su Consejo y sólo se deja atrás á los nobles y á los clérigos. Todo esto le agradaba á fuer de hombre inconstante que no tenía fijeza en nada.

Francisco I fué siempre incapaz de obrar por propio impulso; siempre se dejó dominar por otro, primero por su madre, después por Montmorency y durante una corta temporada por Brión. Y los que le dominaban le dirigían por completo, si bien no podían contar con él sino á condición de velar incesantemente por su favor que constantemente se veía amenazado. Era además incapaz de ocuparse asidua y regularmente de las cosas de su reino: «Desde que os marchasteis, escribe su hermana á Montmorency que se había ausentado de la corte, el rey ha comenzado á mirar tan bien sus asuntos, que si continúa así nada deberá á vuestra buena diligencia... Presta oídos á todo el mundo y se toma tanto trabajo, que en poco tiempo conocerá el que vos os habéis tomado continuamente. Paréceme que haréis bien alabándole en vuestras cartas, por el interés que sus asuntos le inspiran, y rogándole que siga molestando un mes porque empieza muy bien.» ¿No es verdad que parece referirse todo ello á un escolar? Pues bien, esta carta se escribió en 1536, cuando el rey llevaba veintiún años de reinado y cuenta cuarenta y dos de edad.

Nada le sirve de advertencia ni de enmienda y su egoísmo se disfraza con frases hermosas: Brantome refiere que después de la derrota de Pavía «pronunció tantas otras frases, tan bellas y tan graves acerca de esta batalla, con tanta gracia y elocuencia (pues las decía excelentes), que todos los que estaban allí presentes le juzgaron no sólo rey muy digno, sino además muy gran capitán, así dicen los españoles.» Mejor lo hubiera demostrado no perdiendo la batalla. Mas no se contentó con hablar, sino que también escribió: en sus versos sobre la batalla piensa en él y en sus amores, y si habla de la derrota es para echar la responsabilidad de la misma sobre «la mala voluntad de mis jefes» (sus generales).

A su regreso de Madrid se ve que el duro trance por que ha pasado no ha determinado cambio alguno en su carácter. Un embajador escribe: «Su Majestad, siguiendo su costumbre, se muestra muy listo de lengua y muy dispuesto á sostener la empresa; pero en cuanto á los efectos, no corresponden á sus palabras.» «Y no es que quiera yo acusarle de mala voluntad, añade; se simplemente una inclinación natural que le lleva adonde no se trabaja.»

Otro rasgo que encontramos en todo el reinado es la prodigalidad increíble, loca, del rey: puede decirse que el dinero se le escapaba materialmente de las manos. Un miembro de la Universidad decía con su pedantería sorbónica que Francisco era digno de su nom-

pero no para quedarse allí. Estos viajes tenían á veces un fin político, y servían quizás también para hacer visible en todas partes la realeza; pero su prolongación indefinida, las estancias en sitios aislados y las idas y venidas son, en verdad, obra del capricho del rey.

bre, pues tenía las manos agujereadas como su santo patrono, que había recibido las llagas, y desarrollando groseramente aquel chiste de colegio, añadía que sería muy de desear que de cuando en cuando se taparan aquellos agujeros. El rey andaba siempre escaso de dinero, y sus veleidades de economía, que también las tuvo, jamás pudieron nada contra sus arrebatos.

Gustáronle en extremo las manifestaciones de la inteligencia y á este gusto debe lo más duradero de su gloria; no ignoraba que son grandes dispensadores de ésta los hombres de letras y los artistas y quería rivalizar con los ilustres protectores del talento, Julio II, León X y el mismo Carlos V; pero además fué amante de las letras y de las artes por propensión natural, por impulso sincero. Había nacido dilettante y sus instintos aristocráticos encontraban una elegancia más en el culto de la belleza bajo todas las formas.

Agradábanle más, sin embargo, las obras brillantes que las verdaderamente grandes y sólidas. La indecisión habitual de su espíritu reaparece en su mecenado: este defecto fué sensible cuando le indujo á abandonar ó á aplazar indefinidamente la realización de los proyectos iniciados, como por ejemplo la creación del Colegio de Francia; en cambio fué beneficioso porque le preservó del dogmatismo, haciéndole apreciar y emplear indistintamente á franceses y á italianos.

No se crea que Francisco I fuese tan popular como dijeron los hombres de letras, tan dispuestos, como los artistas, á perdonarlo todo á quien de ellos se ocupa. La indiferencia con que los cronistas relatan los acontecimientos del reinado demuestra la separación que existía entre la corte y la nación. Pero hasta los mismos nobles se irritaban con frecuencia por las inconsecuencias de su favoritismo. «Da á sus favoritos más que nunca,» decía después de la jornada de Pavía, y circulaba el siguiente dístico:

«Señor, si por todos dais á tres ó cuatro
es menester que les hagáis combatir por todos.»

Añádase que sería menester decapitar á cincuenta de sus servidores, y aun se produjo un movimiento de opinión bastante enérgico para que se pensase en confiar á un Borbón, el duque Francisco de Vendome, la dirección del gobierno.

Los parisienses murmuraron más de una vez contra aquel rey cuyo gobierno tan caro costaba, y varios miembros del Parlamento y abogados fueron detenidos «por haber hablado mal del monarca.» Cuando, durante su cautiverio en Madrid, corrió la voz de que había muerto, esta noticia, por lo que sabemos, no produjo gran sentimiento y Madama no se atrevió á proceder contra «los locos» que la habían propalado. A fines del reinado, Margarita deseaba que se hiciera «conocer á ese pobre pueblo de Francia cómo su rey no es tan cruel como se le ha predicado.» María de Hungría, en una memoria dirigida á Carlos V en 1542, declaraba que «la mayoría de las gentes de bien no sentían pasión alguna por este reinado.»

«Quiere esto decir que Francisco I careciera de cualidades de soberano? No, seguramente. Tuvo el sentimiento exacto de los intereses de la realeza; en su lucha

contra Carlos V desplegó más de una vez habilidad y energía; supo encontrar aliados y se atrevió á recurrir á los turcos cuando se trató de defender la independencia ó la grandeza de Francia, en lo cual demostró tanta libertad de espíritu como justeza de miras.

Comprendió muchas cosas, aceptó multitud de proyectos y preciso es agradecerle las altas preocupaciones de cultura intelectual que tuvo para con los demás y para consigo mismo, y las simpatías, siquiera momentáneas, que sintió por hombres tales como Briçonnet y Lefevre de Etaples, que intentaron reformar la Iglesia. Pero faltáronle casi siempre la constancia y la firmeza, y más bien que dirigir los acontecimientos dejóse arrastrar hacia ellos. No era hombre para formarse ideas muy claras, consecuentes y razonadas de las cosas. Sólo en un punto no transigió ni dudó: en lo tocante á la autoridad monárquica cuyo desarrollo persiguió apasionadamente. Pero en todos sus actos obedeció más á preocupaciones personales que á doctrinas.

Brillante, elegante, flexible, más perspicaz que inteligente, heroico en ocasiones y representante fiel de su país y sobre todo de su tiempo, tuvo momentos de afortunada suerte y penosos contratiempos.

Se le juzgaría bastante bien comparándole con algunos otros reyes, como Juan *el Bueno*, Enrique IV, Luis XIV y Luis XV y poniéndole en medio de ellos, muy por encima de Juan *el Bueno* y Luis XV y muy por debajo de Enrique IV y Luis XIV. Pero, después de haberle estudiado, se echa de ver que la gloria humana se compone de muchas pobreza y que la historia ha aceptado durante mucho tiempo multitud de compromisos; y en verdad que sólo con esta salvedad y estas condiciones se le ha podido llamar grande hombre.

II.—La familia y los amigos del rey

Los hombres y las mujeres que durante el reinado de Francisco I han influido en el gobierno y en los destinos del país, los conocemos bastante íntimamente y sus fisonomías las encontramos reproducidas con mucha expresión en las colecciones de «retratos al lápiz,» tan generalizados entre la sociedad aristocrática del siglo xvi. Una de estas colecciones que mayor interés ofrecen por lo que se refiere á los comienzos del reinado, es la de croquis reunidos quizás por Madama de Boisy (1), esposa del Gran Maestre, en la que figuran el rey, Madama, Madama de Chateaubriant, Lautrec, Bonivet, etcétera: al lado de cada retrato se ha inscrito, en escritura corriente, el nombre de la persona representada, acompañada á veces de una divisa: de Madama de Nemours, tía del rey, se dice: «Lo que oculta es lo perfecto de los demás;» de Madama de Chateaubriant: «Mejor contorneada que pintada;» de Diana de Poitiers, «Hermosa á la vista, honrada á la frecuentación;» de María de Inglaterra, la reina viuda que después de Luis XII se casó con Suffolk: «Más loca (?) que reina (2).» Estas

(1) Rouard, *François I chez Madame de Boisy*, 1864. Las conclusiones del autor son aventuradas. Respecto de los retratos al lápiz, véase el libro III, cap. II, párrafo tercero.

(2) El matrimonio de María de Inglaterra con el duque de Suffolk había parecido una unión desigual escandalosa. Luisa de Saboya en su *Diario* llama á Suffolk «hombre de baja condición,» lo cual, por otra parte, es verdad.